

*tus, humilitas honorata.* Hom. 4 super *Missus est.* No es mucho humillarse uno en la pobreza y abatimiento; porque eso de suyo ayuda á conocerse y tenerse en lo que es; pero que uno sea honrado y estimado de todos, y tenido por santo y por varon admirable, y se quede él tan entero en la verdad de su bajeza y de su nada, como si no hubiera nada de aquello en él; esa es rara y excelente virtud, y cosa de grande perfeccion.

En estos, dice san Bernardo, sermón. 13 super Cant., conforme al mandamiento del Señor, su luz luce y resplandece delante de los hombres, para glorificar, no á sí mismos, sino á su Padre celestial que está en los cielos. Matth. v, v. 16. Estos son verdaderos imitadores del apóstol san Pablo, II ad Cor. iv, v. 5, y de los predicadores evangélicos que no se predicán á sí mismos, sino á Jesucristo. II ad Cor. xii, v. 14. Estos son buenos y fieles siervos, que no buscan sus comodidades, ni se alzan con cosa alguna, ni se atribuyen nada á sí, sino todo lo atribuyen fielmente á Dios, y á él le dan la gloria de todo; y así oirán de la boca del Señor aquellas palabras del Evangelio: *Euge, serve bone, et fidelis, quia super pauca fuisti fidelis, supra multa te constituam.* Matth. c. xxv, v. 21. Alégrate, siervo bueno y fiel, que porque fuiste fiel en lo poco, te constituiré sobre lo mucho.

## CAPÍTULO XXXII.

*Declárase mas lo sobredicho.*

Habemos dicho que el tercero grado de humildad es cuando uno teniendo grandes virtudes y dones de Dios, estando en grande honra y estimacion, no se ensoberbece en nada, ni se atribuye á sí cosa alguna, sino todo lo refiere y atribuye á su misma fuente, que es Dios, dándole á él la gloria de todo, y quedándose él entero en su bajeza y humildad, como si no tuviese ni hiciese nada. No queremos por esto decir que nosotros no obremos tambien, y tengamos parte en las buenas obras que hacemos, que esto seria ignorancia y error. Claro está que nosotros y nuestro libre albedrío concurre y obra juntamente con Dios en las buenas obras; porque libremente da el hombre su consentimiento en ellas, y por eso obra el hombre, pues que de su voluntad propia y libre quiere lo que quiere, y obra lo que obra, y en su mano está no obrar. Antes eso es lo que hace tan dificultoso este grado de humildad; porque por una parte habemos nosotros de hacer todas nuestras diligencias, y poner todos los medios que pudiéremos para alcanzar la virtud, y para resistir á la tentacion, y para que el negocio suceda bien, como si ellos solos bastasen para ello. Y por otra, despues de haber hecho eso, habemos

de desconfiar de todo ello como si no hubiéramos hecho nada, y tenernos por siervos inútiles ó sin provecho, y poner toda nuestra confianza en solo Dios, como nos lo enseña él en el Evangelio: *Cum feceritis omnia que precepta sunt vobis, dicite: servi inutiles sumus, quod debuimus facere fecimus.* Luc. xvii, v. 10. Despues que hubiéreis hecho todas las cosas que os son mandadas (no dice algunas sino todas) decid: siervos somos sin provecho, pues para acertar á hacer esto virtud es menester, y no poca. Dice Casiano: el que llegare á conocer bien que es siervo sin provecho, y que no bastan todos sus medios y diligencias para alcanzar bien alguno, sino que ha de ser dádiva graciosa del Señor, este tal no se ensoberbecerá cuando alcanzare algo; porque entenderá que no lo alcanzó por su diligencia, sino por gracia y misericordia de Dios, que es lo que dice san Pablo: ¿Qué tienes que no lo hayas recibido? I ad Cor. iv.

Dice san Agustin que nosotros sin la gracia de Dios no somos otra cosa sino lo que es un cuerpo sin alma. Así como un cuerpo muerto no se puede mover ni menear, así nosotros sin la gracia de Dios no podemos obrar obras de vida y de valor delante de Dios. Pues así como seria loco un cuerpo que se atribuyese á sí el vivir y el moverse, y no al ánima que en él está y le da vida; así seria muy ciega el ánima que las buenas

obras que hace las atribuyese á sí misma, y no á Dios que le infundió el espíritu de vida, que es la gracia, para que las pudiese hacer. Y en otra parte dice (1), que así como los ojos corporales, aunque estén muy sanos, si no son ayudados de la luz, no pueden ver; así el hombre, aunque sea muy justificado, si no es ayudado de la luz y gracia divina, no puede vivir bien. Si el Señor no guarda la ciudad, dice David, Psalm. cxxvi, v. 1, en vano vela el que la guarda: *O si cognoscant se omnes homines, et qui gloriantur, in Domino glorientur* (2), dice el Santo: ¡Oh si se conociesen ya los hombres, y acabasen de entender que no tienen de qué gloriarse en sí, sino en Dios! ¡Oh si nos enviase Dios una luz del cielo, con la cual quitadas las tinieblas conociésemos y sintiésemos que ningun bien, ni ser ni fuerza hay en todo lo criado, mas de aquello que el Señor de su graciosa voluntad ha querido dar y quiere conservar!

Pues en esto consiste el tercero grado de humildad, sino que no llegan nuestras cortas palabras á acabar de declarar la profundidad y perfeccion grande que hay en él, por mas que lo andemos diciendo ahora de una manera, ahora de otra, porque no solo la práctica, sino tambien la teórica de él es dificultosa. Esta es aquella aniquilacion de sí mismos, tan repetida y enco-

(1) August. l. de natur. et gratia, c. 26.

(2) August. l. 9 de Confess. c. 13.

mendada de los maestros de la vida espiritual. Este es aquel tenerse y confesarse por indigno é inútil para todas las cosas, que san Benito y otros Santos ponen por perfectísimo grado de humildad: *Ad omnia indignum, et inutilem se confiteri, et credere.* Esta es aquella desconfianza de sí mismos, y aquel estar colgados y pendientes de Dios, tan encomendado en las sagradas Letras. Este es el verdadero tenerse en nada que á cada paso oímos y decimos. ¡Oh si lo acabásemos de sentir así con el corazón! Que entendamos y sintamos con verdad y prácticamente, como quien lo ve con los ojos, y lo toca y palpa con las manos, que de nuestra parte no tenemos ni podemos sino perdición y pecados, y que todo el bien que tuviéremos y obráremos no lo tenemos ni obramos de nosotros, sino de Dios, y que suya es la honra y gloria de todo.

Y si aun con todo esto no acabais de entender la perfección de este grado de humildad, no os espanteis, porque es esta una teología muy alta; y así no es mucho que no la acabemos de entender tan fácilmente. Dice muy bien un Doctor que en todas las artes ó ciencias acontece esto, que las cosas comunes y claras cualquiera las sabe y entiende; pero las sutiles y delicadas no todos las alcanzan, sino solamente aquellos que son eminentes en aquella arte ó ciencia. Así acá, las cosas comunes y

ordinarias de la virtud cualquiera las entiende; pero las particulares y sutiles, las altas y delicadas no las entienden sino los que son eminentes y aventajados en aquella virtud. Y esto es lo que dice san Laurencio Justiniano, que ninguno conoce bien qué cosa es humildad, sino aquel que ha recibido de Dios ser humilde. Y de aquí es también que los Santos, como tenían profundísima humildad, sentían y decían tales cosas de sí, que los que no llegamos allá no las acabamos de entender, y nos parecen encarecimientos y exageraciones: como que eran los mayores pecadores de cuantos había en el mundo, y otras semejantes, como luego diremos. Y si nosotros no sabemos decir ni sentir estas cosas, ni aun las acabamos de entender, es porque no habemos llegado á tanta humildad como ellos, y así no entendemos las cosas sutiles y delicadas de esta facultad. Procurad vos ser humilde, é ir creciendo en esta ciencia, y aprovechar mas y mas en ella, y entonces entenderéis cómo se pueden decir con verdad estas cosas.

#### CAPÍTULO XXXIII.

*Declárase mas el tercero grado de humildad, y que de ahí nace que el verdadero humilde se tiene en menos que todos.*

Para que entendamos mejor este tercero grado de humildad, y nos

podamos fundar bien en él, es menester tomar el agua mas de atrás. Así como arriba, cap. 6, dijimos que todo el ser natural y todas las operaciones naturales que tenemos las tenemos de Dios, porque nosotros éramos nada, y entonces no teníamos fuerza para movernos, ni para ver, ni oír, ni gustar, ni entender, ni querer; mas dándonos Dios el ser natural, nos dió estas potencias y fuerzas; y así á él le habemos de atribuir así el ser como estas operaciones naturales; de la misma manera, y con mucha mayor razón, habemos de decir en el ser sobrenatural y obras de gracia, y tanto mas cuanto estas son mayores y mas excelentes. El ser sobrenatural que tenemos no le tenemos de nosotros, sino de Dios: al fin es ser de gracia, que por eso se llama así, porque es añadido al ser de naturaleza graciosamente: *Eramus natura filii iræ.* Ad Ephes. II, v. 3. Nosotros nacimos en pecado, hijos de ira, enemigos de Dios, el cual nos sacó de aquellas tinieblas, *In admirabile lumen suum,* I Petr. II, v. 9, á su admirable luz, como dice el apóstol san Pedro. Hizonos Dios de enemigos amigos, de esclavos hijos, de no valer nada tener ser agradable en sus ojos. Y la causa por que Dios hizo esto no fueron nuestros merecimientos pasados, ni el respeto de los servicios que le habíamos de hacer, sino por sola su bondad y misericordia, y por los merecimientos de Jesucristo, único me-

dianero nuestro, como dice san Pablo: *Justificati gratis per gratiam ipsius, per redemptionem, quæ est in Christo Jesu.* Ad Rom. III, v. 24. Pues así como no podíamos nosotros salir de la nada que éramos al ser natural que tenemos, ni podíamos obrar obras de vida, ni ver, ni oír, ni sentir, sino que todo eso fue dádiva graciosa de Dios, y á él se lo habemos de atribuir todo, sin que nos podamos atribuir á nosotros gloria alguna de ello: así tampoco podíamos salir nosotros de las tinieblas del pecado en que estábamos, y en que fuimos concebidos y nacidos, si Dios por su infinita bondad y misericordia no nos sacara, ni podíamos obrar obras de vida, si él no nos diera su gracia para ello; porque el valor y merecimiento de las obras no es por lo que tienen de nosotros, sino por lo que tienen de la gracia del Señor: como el valor que tiene la moneda no lo tiene de suyo, sino por el cuño con que se labra. Y así no debemos atribuirnos gloria alguna, sino toda á Dios, cuyo es así lo natural como lo sobrenatural, trayendo siempre en la boca y el corazón aquello que dice san Pablo: *Gratia Dei sum id quod sum.* I ad Cor. xv, v. 10. Por la gracia de Dios soy eso que soy.

Mas así como decíamos que no solo nos sacó Dios de la nada, y nos dió el ser que tenemos, sino que aun despues que fuimos criados y recibimos el ser no nos tenemos en nosotros mismos, sino

que nos está Dios sustentando, teniendo y conservando con su mano poderosa para que no caigamos en el pozo profundo de la nada, de la cual primero nos sacó; de la misma manera en el ser sobrenatural, no solo nos hizo Dios merced de sacarnos de las tinieblas de los pecados en que estábamos á la luz admirable de la gracia, sino siempre nos está conservando y teniendo de su mano para que no tornemos á caer: de tal manera que si un punto apartase y alzase Dios su mano y guarda de nosotros, y diese licencia al demonio para que nos tentase cuanto quisiese, nos tornaríamos á los pecados pasados, y á otros peores. *Quoniam à dextris est mihi, ne commovear*, decia el profeta David, Psalm. xv, v. 8. Vos estais siempre á mi lado teniéndome para que no sea derribado: vuestro es, Señor, el levantarnos de la culpa, y vuestro es el no haber vuelto á caer en ella: si me levanté, fue porque Vos me disteis la mano; y si ahora estoy en pié, es porque Vos me teneis para que no caiga. Pues así como decíamos que aquello basta para tenernos en nada, porque de nuestra parte eso somos, y eso éramos, y eso seríamos si Dios no nos estuviese siempre conservando: así esto tambien basta para tenernos siempre por pecadores y malos; porque cuanto es de nuestra parte eso somos, y eso fuimos, y eso seríamos si Dios no nos estuviese siempre teniendo de su mano.

Y así dice Alberto Magno (1), que el que quisiere alcanzar la humildad ha de plantar en su corazon la raíz de la humildad; esto es, que conozca su propia flaqueza y miseria, y entienda y pondere muy bien, no solo cuán vil y miserable es ahora, sino cuán vil y miserable puede ser, y seria el dia de hoy, si Dios con su mano poderosa no le apartase de los pecados, y le quitase las ocasiones, y ayudase en las tentaciones. ¿En cuántos pecados hubiera ya caído, si Vos, Señor, no me hubiérais por vuestra infinita misericordia librado? ¿Cuántas ocasiones de pecar me habeis excusado, que bastaran para derribarme, pues derribaron á David, si Vos no las atajárais conociendo mi flaqueza? ¿Cuántas veces habeis atado las manos al demonio para que no me tentase cuánto pudiese, y si me tentase, para que no me venciese? ¿Cuántas veces podria yo decir con verdad aquellas palabras del Profeta, Psalm. xciii, v. 17: *Nisi quia Dominus adjuvit me, paulo minus habitasset in inferno anima mea*: Si Vos, Señor, no me hubiérais ayudado, ya mi ánima estuviera en los infiernos? ¿Cuántas veces fui combatido y trastornado para caer, y Vos, Señor, me tuvisteis, y poniais allí vuestra blanda y poderosa mano para que no me lastimase? *Si dicebam motus est pes meus, misericordia tua Domine adjuvabat me*: Si os decia

(1) Alb. Magn. tract. de variis perfectisq. virtut. cap. 2.

que mis piés habian resbalado, luego vuestra misericordia me ayudaba. ¡Oh cuántas veces nos hubiéramos ya perdido si Dios por su infinita bondad y misericordia no nos hubiera guardado! Pues eso es en lo que nos habemos de tener, porque eso es lo que somos, y lo que tenemos de nuestra parte, y eso fuimos, y eso seríamos tambien ahora si Dios apartase y alzase su mano y su guarda de nosotros.

De aquí venian los Santos á confundirse y despreciarse, y humillarse tanto, que no se contentaban en tenerse en poco y por malos y pecadores, sino que se tenian en menos que todos, y por los mas viles y pecadores de cuantos habia en el mundo. Un san Francisco, del cual leemos, 1 part. l. 1, c. 68 de su Crón., que le habia Dios levantado y encumbrado tanto, que su compañero estando en oracion vió allá entre los Serafines una silla muy ricamente labrada de varios esmaltes y piedras preciosas que estaba preparada para él; y preguntándole despues: Padre, qué reputacion tienes de tí, respondió: No creo que hay en el mundo mayor pecador que yo. Y lo mismo dijo de sí el glorioso apóstol san Pablo, 1 ad Tim. 1, v. 15: *Christus Jesus venit in hunc mundum peccatores salvos facere, quorum primus ego sum*: Nuestro Señor Jesucristo vino á este mundo á salvar los pecadores, de los cuales el primero y principal soy yo. Y así nos amonestaba á nosotros que procuremos

llegar á esta humildad, que nos tengamos por inferiores y por menos que todos, y que á todos los reconozcamos por superiores y mejores. Dice san Agustin (1): *Non fallit nos Apostolus, nec adulatione uti jubet, cum ad Philip. II, dicit in humilitate superiores sibi invicem arbitantes. Et ad Romanos, XII, honore invicem pravenientes*: No nos engaña el Apóstol cuando nos dice que nos tengamos por los menores, y que á todos los tengamos por superiores y mejores, ni nos manda que usemos de palabras de adulacion y lisonja. Los Santos no decian con mentira ni con fingida humildad que eran los mayores pecadores del mundo, sino con verdad, porque así lo sentian en su corazon; y así nos encargan á nosotros que lo sintamos y digamos, no por cumplimiento ni con ficcion.

San Bernardo, serm. 17 super Cantica, pondera muy bien á este propósito aquel dicho del Salvador: *Cum vocatus fueris ad nuptias, recumbe in novissimo loco*. Luc. xiv, v. 10. Cuando fueres convidado, siéntate en el postrer lugar. No dijo que escogiérais un lugar mediano, ó que os sentárais entre los postreros ó en el penúltimo lugar, sino solo quiere que esteis en el postrer lugar: *Utsolus videlicet omnium novissimus sedeas, teque nemini, non dico præponas, sed nec comparare præsumas*: No solo no os habeis de

(1) August. lib. 83, quæst. 71, et lib. de sanct. virg. cap. 46, tom. 6.

preferir á nadie; pero ni habeis de presumir de compararos ni igualaros con nadie: solo os habeis de quedar en el postrer lugar, sin igual en vuestra bajeza, teniéndoos por mas miserable y pecador de todos. Dice el bienaventurado san Bernardo: Á ningun peligro os poneis en humillaros mucho, y ponerlos debajo de los piés de todos; pero el anteponeros á solo uno os puede hacer mucho daño; y trae aquella comparacion comun: Así como si pasais por una puerta baja no os puede dañar el bajar mucho la cabeza, empero un tantico menos que os dejeis de bajar, de lo que la puerta requiere, os puede hacer mucho daño y quebraros la cabeza; así en el ánima el bajarse y humillarse mucho no puede dañar: empero el dejarse de humillar un poco, el quererse anteponer ó igualar á solo uno, es cosa peligrosa. ¿Que sabes, ó hombre, dice el Santo, si ese uno que piensas que es no solo peor que tú (que por ventura te parece que ya vives bien), sino que es el mas malo de los malos, y el mas pecador de los pecadores, ha de ser mejor que ellos y que tú, y si lo es ya delante de Dios? ¿Quién sabe si cruzará Dios las manos como Jacob, y se trocarán las suertes, y serás tú el desechado y el otro el escogido? *Quid scis, inquit, si melior, et te, et illis mutatione dexteræ Excelsi in se quidem futurus sit, in Deo vero jam sit?* Genes. XLVIII, v. 14. ¿Que sabeis vos lo que ha obrado Dios en su corazon

de ayer acá y en un momento? *Facile est enim in oculis Dei subito honestare pauperem.* Eccli. XI, v. 23. En un instante puede Dios hacer de un publicano y de un perseguidor de la Iglesia apóstoles suyos, como hizo á san Mateo y á san Pablo: *Potens est Deus de lapidibus istis suscitare filios Abrahæ.* Matth. III, v. 9. De pecadores empedernidos y mas duros que un diamante puede hacer hijos de Dios. ¡Cuán engañado se halló aquel fariseo, Luc. VII, v. 39, que juzgó á la Magdalena por mala, y cómo le reprendió Cristo nuestro Redentor, y le dió á entender que era mejor que él la que él tenia por pública pecadora! Y así san Benito, santo Tomás y otros Santos ponen este por uno de los doce grados de humildad: *Credere, et pronuntiare se omnibus viliores*: Decir y sentir de sí que es el peor de todos. No basta decirlo con la boca, es menester que lo sintais así en vuestro corazon. «No pienses haber aprovechado algo si no te tienes por el peor de todos, dice aquel santo Tomás de Kempis.»

## CAPÍTULO XXXIV.

*Como los buenos y santos pueden con verdad tenerse en menos que todos, y decir que son los mayores pecadores del mundo.*

No será curiosidad, sino de mucho provecho, declarar como

los buenos y los santos pueden con verdad tenerse en menos que todos, y decir que son los mayores pecadores del mundo, pues decimos que habemos de procurar llegar aquí. Algunos Santos no quieren responder á esta cuestion, sino contentarse con sentirlo ellos así en su corazon. Cuenta san Dorotheo, doctrin. 2 de humilit., que como el abad Zózimo estuviese un dia platicando de la humildad, y dijese esto de sí, hallóse allí un sofista ó filósofo, y preguntóle: ¿Cómo te tienes por tan pecador, pues que sabes que guardas los mandamientos de Dios? Respondió el santo Abad: Yo sé que esto que digo es verdad, y así lo siento: no me preguntes mas. Empero san Agustin, santo Tomás y otros Santos responden á esta cuestion, y dan diversas respuestas. La de san Agustin y santo Tomás es (1), que poniendo uno los ojos en los defectos que él conoce en sí, y considerando en su prójimo los dones ocultos que tiene ó puede tener de Dios, puede cada uno con verdad decir de sí que es mas vil y mayor pecador de todos; porque mis defectos sélos yo, y no sé los dones ocultos que el otro tiene de Dios. ¡Oh que le veo que comete tantos pecados que yo no cometo! ¿Y que sabeis vos lo que Dios ha obrado en su corazon despues acá? En un momento oculta y secretamente

(1) August. lib. de sanet. virg. cap. 46 et 47; S. Thom. 2, 2, quæst. 161, art. 1 ad 1, et art. 3.

puede aquel haber recibido algun don y merced de Dios, con la cual os haga mucha ventaja, como aconteció en aquel fariseo y publicano del Evangelio que entraron á orar al templo: *Dico vobis: descendit hic justificatus in domum suam ab illo.* Luc. XVIII, v. 14. De verdad os digo, dice Cristo nuestro Redentor, que el publicano y tenido por malo salió justificado; y el fariseo, que se tenia por bueno, salió condenado. Esto nos habia de bastar para escarmentar y para que no nos atrevamos á preferir ni comparar con nadie, sino que nos quedemos solos en el postrer lugar, que es lo seguro.

Al que de verdad y de corazon es humilde muy fácil cosa le es el tenerse en menos que todos; porque el verdadero humilde considera en los otros las virtudes y lo bueno que tienen, y en sí sus defectos, y anda tan ocupado en el conocimiento y remedio de ellos, que no se le levantan los ojos á mirar faltas ajenas, pareciéndole que tiene harto que hacer en llorar sus duelos: y así á todos los tiene por buenos, y á sí solo por malo; y mientras mas santo es uno, mas fácil le es esto; porque así como va creciendo en las demás virtudes, va tambien creciendo en la humildad, y en mayor conocimiento propio y mayor desprecio de sí mismo, que todo anda junto. Y mientras mas luz y conocimiento tiene de la bondad y majestad de Dios, mas profundo conocimiento